

dola entre el pueblo. Sólo en estos últimos años ha recibido el reconocimiento general; y debemos, no á la facultad de medicina, sino á un abogado, el que haya sido incorporado en muchas actas importantes del Parlamento.

Edewin Chadwick no ha recidido aún ni siquiera justicia de sus contemporáneos. Aunque ha sido uno de los trabajadores más infatigables y de éxito de este siglo, y ha influido grandemente en la legislación de su tiempo, es quizá menos conocido que muchos habladores parlamentarios de cuarto orden.

Mr. Chadwick pertenece á una familia del condado de Lanca, y nació cerca de Mánchester. Recibió educación principalmente en Londres. Habiendo escogido la abogacía como profesión suya, se inscribió como estudiante del *Inner Temple* en su vigésimosexto año. Allí *seguita su camino* hasta los estrados de los tribunales, sosteniéndose como noticiero y escribiendo para ya prensa diaria. No era hombre de un valor extraordinario, pero era sagaz y perseverante. Estaba dispuesto siempre á aceptar cualquiera cantidad de trabajo en la prosecución de un objeto, por difícil que pudiera aparecer á primera vista el lograrlo.

Al principio de su carrera, se apoderó de Mr. Chadwick una idea. Es una gran cosa estar completamente poseído por una idea, en el caso que su mira y su fin sean benéficos. Da un colorido y un giro á toda la vida de un hombre. La idea no era nueva, pero habiéndose hecho cargo de ella un hombre serio, enérgico y trabajador afanoso, había alguna esperanza para la realización práctica de su idea en la vita actual de la humanidad. No era ni más ni menos que la idea sanitaria, el germen del movimiento sanitario é higiénico.

Debemos referir ahora brevemente cómo hizo el camino para su realización práctica. Sucedió que Mr. Morgen, escribano del gobierno, había expuesto ante una comisión del Parlamento, que aunque habían mejorado las circunstancias de las clases medias, no habían aumentado sus *expectativas de la vida*. Siendo esto diametralmente opuesto á la idea del estudiante, se esforzó en demostrar la falacia de la opinión del actuario. Se leyeron

y escudriñaron numerosos documentos estadísticos. Libros Azules, estadísticas de la probabilidad de la vida y estadísticas de la población. Se trazó su camino á través de esa pila confusa, y sacó una acumulación de hechos de donde menos se pensaba, con el fin de ilustrar su idea y elucidar su pensamiento principal.

El resultado fué publicado en la *Revista de Westminster* de abril de 1828. Mr. Chadwick demostró con inmensa cantidad de hechos y argumentos, que las circunstancias que rodean á los seres humanos *tienen* que tener una influencia sobre su salud; que la salud *tiene* que mejorar si mejoran estas circunstancias; que muchas de las enfermedades y condiciones desfavorables á la vida humana dependen del dominio del hombre, y son susceptibles de ser reparadas; que la práctica de la vacunación, la disminución de beber en las clases medias y superiores, el aumento del aseo y de la limpieza, los adelantos en las ciencias médicas, y la construcción mejor de calles y casas, *deben*, conforme á la experiencia médica y popular, haber contribuido, *a priori*, á alargar la vida; y esto lo probaba con una cita de hechos sacados de numerosas fuentes auténticas. En pocas palabras, Mr. Morgan estaba errado. Las *expectativas de la vida*, como se ha admitido ahora universalmente, han mejorado y están mejorando rápidamente entre las clases mejores; pero esto no había sido perfectamente demostrado hasta que Mr. Chadwick emprendió la discusión del asunto.

Otro artículo que publicó Mr. Chadwick en la *Revista de Londres*, en 1829, sobre la *Policía preventiva* fué leído por Jeremías Bentham, que contaba entonces ochenta y dos años, y quien lo admiró tanto, que hizo que le escribiera solicitando entrevista. El resultado fué la formación de una amistad que duró sin interrupción hasta la muerte del filósofo en 1832. Bentham deseaba ocupar todo el tiempo de su joven amigo para que le ayudase en la preparación de su *Código administrativo*, y le ofreció colocarlo en condiciones pecuniarias independientes si se quería consagrar exclusivamente al adelanto de sus ideas. Sin embargo, la oferta fué declinada.

Mr. Chadwick terminó sus estudios, y fué llamado al foro en noviembre de 1830. Se estaba preparando para entrar en la práctica del derecho común, contribuyendo de vez en cuando con artículos para la *Westminster*, cuando en 1832 fué nombrado comisionado, junto con el doctor Southwood Smith y Mr. Tooke, para escribir un informe sobre la cuestión de *Trabajo de Factoría*, que en aquella época estaban presentando con insistencia ante la opinión pública lord Ashley y Mr. Sadler. La idea sanitaria halló otra vez oportunidad para ser expresada en el informe de comisión, que se refería á “desagües defectuosos, ventilación, provisión de agua, y demás cosas por el estilo, como causas de enfermedad, obrando juntamente con el trabajo excesivo, para deprimir la salud y abreviar la vida de la población de las factorías”.

En el mismo año (1832) fué nombrada una importante comisión de investigación por el gobierno de lord Grey, con referencia á los efectos producidos por las Leyes de los pobres en Inglaterra y el país de Gales. Mr. Chadwick fué nombrado comisionado auxiliar, con el propósito de que adquiriese pruebas sobre el asunto; y le fueron señalados los distritos de Londres y del condado de Berk. Su informe, publicado al año siguiente, era un modelo de lo que debiera ser un informe. Estaba lleno de datos admirablemente clasificados y arreglados, y de talento, á causa de los hechos sacados á luz y del cuidado tomado para conservar las mismas palabras de los testigos cuando eran interrogados, que el informe puede ser leído con interés hasta por el enemigo más inveterado de los Libros azules.

Mr. Chadwick se mostró tan versado y entendido en la materia, sus indicaciones estaban tan llenas de valor práctico, que poco después de la publicación del informe, fué ascendido de comisionado auxiliar al cargo de comisionado principal: y participó largamente con Mr. Senior, en los trabajos y honores del informe de los comisionados sometido á la Cámara de los Comunes en 1834, y también en la célebre acta de reforma á la Ley de pobres que fué votada el mismo año, y las recomendaciones de los comisionados quedaron en sustancia adoptadas y legalizadas.

Puede aventurarse uno á decir ahora, sin temor de ser contradicho, que esa ley fué una de las de más valor entre todas las puestas en el libro de estatutos en los tiempos modernos. Y sin embargo, ninguna ley fué más impopular que ésta, aun muchos años después de haber sido votada. Pero Mr. Chadwick no cesó ni un instante de tener fe en la verdad de los principios en que estaba fundada, y era infatigable para defenderla y establecerla. Se ha dicho muy bien, que *el ser popular es cosa fácil; pero hacer justicia impopular, requiere á un hombre*. Y Edwin Chadwick es el hombre que jamás faltó de valor para hacer lo justo, aunque se probase que era impopular.

Mientras escudriñaba entre los voluminosos testimonios sobre las Leyes de los Pobres, no perdió nunca de vista Mr. Chadwick su idea sanitaria. Todos sus informes estaban empapados de ella. Una cuarta parte del pauperismo que existía entonces fué señalado por él como procedente de causas que provenían de enfermedad. Sus investigaciones minuciosas en la condición de la población trabajadora y de las clases más pobres en general, le dieron un conocimiento completo de los males físicos que agobiaban á la comunidad, llevándolos con las fiebres, la consunción, y el cólera; y la idea sanitaria se afirmó aun más en su espíritu.

Un día, en 1838, estaba ocupado en su puesto oficial de Secretario de la Comisión de la Ley de Pobres, cuando entró precipitadamente un empleado de la Unión Whitechapel en la oficina de la Comisión de la Ley de Pobres, y con semblante azorado informó al Secretario que había estallado una fiebre terrible al rededor de una laguna de agua estancada en Whitechapel; que las personas morían por decenas; y que la extrema malignidad de los casos daba motivo para sospechar que la enfermedad se parecía al cólera asiático. Al oír esto, nombró la Comisión, á solicitud de Mr. Chadwick, á los doctores Arnott, Kay, y Southwood Smith para investigar las causas de esta alarmante mortalidad, y que informaran en general sobre el estado higiénico de Londres. Esta investigación maduró al fin en la Investigación Sanitaria.

En el interin había estado ocupado Mr. Chadwick, como individuo de la Comisión, en averiguar sobre los mejores medios de establecer una eficaz fuerza de alguaciles en Inglaterra y el país de Gales. Al testimonio fuéle dado cuerpo en un informe, tan interesante como una novela de Dickens, que proporcionaba un curioso conocimiento de los modos de vivir, las costumbres y hábitos de las clases más bajas de la población. Cuando fué despachada esta cuestión, procedió Mr. Chadwick á consagrarse casi exclusivamente á la gran tarea de su vida, el Movimiento Sanitario.

El obispo de Londres, en 1839, propuso en la Cámara de los Lores que la investigación que había sido hecha á pedido de Mr. Chadwick por los doctores Southwood Smith, Arnott y Kay, sobre el estado sanitario de la metrópoli, se extendiera á toda la población de las ciudades del campo y manufactureras de Inglaterra y Gales. Algunos residentes en Edimburgo pidieron también que Escocia fuese incluida; y de conformidad dirigió una carta lord Juan Russell, en agosto de 1839, al Directorio de la Ley de Pobres, autorizándolo por real mandato á que extendiese sobre toda la Gran Bretaña la investigación sobre las enfermedades que pueden prevenirse, que ya había principiado en la Metrópoli. La enorme tarea de establecer y dirigir la investigación general, de separar los testimonios, clasificarlos y condensarlos para su publicación, le tocó á Mr. Chadwick.

El primer informe sobre la Higiene de las Ciudades, estuvo listo para su publicación en 1842. *Debió* haber aparecido como el Informe Oficial del Directorio de la Ley de Pobres; pero como los comisionados (algunos de los cuales no estaban de acuerdo con Mr. Chadwick respecto de la Nueva Ley de Pobres) rehusaron asumir la responsabilidad de un documento que contenía cosas que podían lastimar á muchas influyentes corporaciones públicas, tomó Mr. Chadwick sobre sí mismo la responsabilidad, y fué publicado como informe *suyo* lo que era en realidad, y habían aceptado como tal los comisionados.

La cantidad de trabajo árido y pesado que tuvo Mr. Chadwick

en la preparación de este y otros informes, difícilmente puede ser estimada sino por aquellos que saben algo del trabajo que encierra el extractar cantidades de testimonios, escritos é impresos, enviados de todas partes del imperio, sólo en aquello que más se relaciona con la cuestión, ó que se considera digno de ser publicado. Las montañas de papel que ha escudriñado así Mr. Chadwick durante su vida han debido ser inmensas; y si ahora se le pudieran presentar amontonadas, aterrarían hasta á su corazón intrépido!

Inmensa fué la sensación producida en todo el país por la publicación del Informe Sanitario de Mr. Chadwick. Semejante revelación de los horrores que estaban escondidos debajo de la bella superficie de nuestra moderna civilización, jamás había sido publicada antes. Pero Mr. Chadwick no tenía sólo el proposito de causar mera sensación. Tenía un objetivo que proseguía con persistencia. El informe no era nada, mientras que no fueran llevadas rápidamente á debido efecto sus recomendaciones. Se formó un partido sanitario; y los ministros de entonces, ayudados por individuos de ambos partidos políticos, se hicieron sus influyentes jefes.

Fué nombrada en 1844 una Comisión Sanitaria, para considerar todo el asunto en su aspecto práctico. La Comisión publicó dos informes, teniendo en vista la legislación; pero intervino la lucha del Comercio libre, y poco se hizo durante algunos años. Mientras tanto estaba ocupado nuestro reformador sanitario como Comisionado para investigar las condiciones de la metrópoli. La Comisión publicó tres informes, en los que se discutían en detalle el desagüe defectuoso, la expulsión de las inmundicias por las alcantarillas, y la provisión de agua para Londres, y éstos acaban de ser seguidos de importantes resoluciones legislativas.

Por fin tuvo su triunfo la idea sanitaria en el Acta de Higiene Pública que creaba en 1848 una Comisión General de Higiene (de la que era individuo Mr. Chadwick) para dirigir su administración. Desde entonces han sido promulgadas numerosas medidas suplementarias, con el objeto de poner en práctica los

principios sanitarios adoptados por la Comisión. Continuaron publicándose Informes de tiempo en tiempo, llenos de valiosos datos, por ejemplo, referentes á la aplicación del agua de las cloacas para ser utilizada por la agricultura; sobre el cólera epidémico; sobre las cuarentenas; sobre desagües; sobre casas públicas de vecindad, y cosas por el estilo. En pocas palabras: el movimiento sanitario llegó á ser un *gran hecho*, y de esto somos deudores especialmente á Edwin Chadwick, el misionero de la idea Sanitaria. Es verdad que fué despedido finalmente de su posición de influencia en la Comisión de Higiene, en parte por esplen, pero principalmente por su índole poco acomodaticia sobre todo para con las pequeñas autoridades locales é intereses individuales opuestos al bien público. Pero para todos los hombres de entendimiento é imparciales, está su carácter tan elevado como siempre. Sea lo que fuere, sus *obras* permanecen.

No conocemos un caso más sorprendente que el que ofrece la carrera de este caballero, del muchísimo bien que un hombre puede realizar si está poseído fuertemente por una idea benéfica, en el supuesto de que tenga tan sólo fuerza de propósito y perseverancia para seguirla. Aunque Mr. Chadwick no ha sido un legislador efectivo, ha sido, sin embargo, el promotor de más medidas sabias que cualquier legislador de nuestro tiempo. Creó una opinión pública en favor de una reforma sanitaria. También ha impresionado los espíritus de benévolos individuos con la necesidad de proveer alojamientos mejorados para el pueblo, y de ese modo ha sido el medio indirecto de establecer los Alojamientos Peabody, los Alojamientos de la Baronesa Coutts, y de las diversas Sociedades para levantar alojamientos mejorados para las clases industriales.

De ese modo ha probado Edwin Chadwick que es uno de los bienhechores públicos más útiles y prácticos. Merece ser colocado al lado de Clarkson ó de Howard. Sus trabajos han sido igualmente saludables; algunos dirán que lo han sido aún mucho más en sus resultados.

La ciencia de la higiene puede resumirse en esta palabra:

Aseo. El aire puro y el agua pura son sus principios esenciales. Donde exista impureza, debe lavarse y librarse de ella. Por eso es la ciencia de la higiene una de las ramas más sencillas é inteligibles del saber humano. Quizá por esto es que, como la mayor parte de las cosas, ha continuado mereciendo tan poca atención. Muchos creen todavía que no se requiere ciencia alguna para ventilar una pieza, para limpiar un desagüadero, y conservar la casa y la persona aseadas.

La ciencia de la higiene podrá ser considerada como un asunto desagradable. Trata de la suciedad y de su expulsión, del pellejo, de la casa, de la calle, de la ciudad. Está comprendida en las palabras, do quiera que haya suciedad, libraos de ella inmediatamente; y con la limpieza, que haya una copiosa provisión de agua pura y de aire puro para los fines de la salud humana.

Por ejemplo, tomad una calle insalubre, ó manzanas de casas, en una ciudad grande. Allí encontraréis fiebre tifoidea constantemente. Limpiad y desagüad de inmundicias la calle; proveedla de aire puro y de agua pura, y en el acto queda desterrada la fiebre. ¿No es esto un resultado mucho más satisfactorio que la aplicación de medicinas? Cincuenta mil personas, dice Mr. Lee, mueren anualmente víctimas de la fiebre tifoidea en la Gran Bretaña, producida por causas que se pueden prevenir. ¡El resultado es el mismo que si estas cincuenta mil personas fueran sacadas anualmente de sus miserables viviendas, y sentenciadas á muerte! Nos conmovemos con la noticia de un asesinato, por la pérdida de una sola vida por causas físicas! Y con todo, oímos casi sin estremecernos, las relaciones reiteradas de la pérdida de decenas de miles de vidas anualmente, debida á causas físicas que obran diariamente. ¡La matanza anual por causas que provienen de fiebre tífus es doble de la cantidad que perdieron los ejércitos aliados en la batalla de Waterloo! Por descuidar las conocidas condiciones de la higiene de la vida, pierde la gran masa del pueblo casi la mitad del período natural de sus vidas. “El tífus, dice un empleado médico, es una maldición que el hombre se im-

pone por el descuido en que tiene las reglas higiénicas.”

Mr. Chadwick afirmó que en los sótanos de Liverpool, Manchester y Leeds, había visto entre los operarios más vicio, miseria y degradación que aquellas que despertaron las simpatías del mundo entero cuando las refirió Howard. El irlandés pobre se hunde en los insalubres entapiados, callejuelas, y trascalles de las grandes ciudades; y tan frecuentes son entre ellos los ataques de tífus, que en algunas partes del país es conocida la enfermedad por *fiebre irlandesa*. No es únicamente la pérdida de vidas lo más espantoso; existe también la muerte moral que es más aterradora en esas localidades insalubres. El vicio y el crimen se asocian con el vivir desaseado. En estos lugares la desmoralización es el estado normal. Hay una ausencia de aseo, de decencia, de decoro; el lenguaje que se usa es contagioso, y las escenas de libertinaje son ocurrencia de cada momento, todo tiende á nutrir la ociosidad, la embriaguez y el abandono al vicio. ¡Imaginaos semejante atmósfera moral para las mujeres y los niños!

La conexión es estrecha é íntima entre la salud física y la salud moral, entre el bienestar doméstico y la felicidad pública. La influencia destructora de un alojamiento malsano propaga un tífus moral peor que la misma peste. Donde el cuerpo está debilitado por la influencia depresiva del aire viciado y la suciedad del cuerpo, toma el espíritu, casi por necesidad, el mismo tono bajo é insano. El respeto propio se pierde; un sentimiento estúpido, inerte, lánguido se posesiona del sistema; el carácter se hace depravado y muy á menudo anheloso por aprovechar aunque no sea más que un goce momentáneo de sentir correr la sangre por las venas, vuela la miserable víctima hacia el demonio de las bebidas fuertes para encontrar alivio; de ahí la miseria, la infamia, la vergüenza, el crimen y la ruindad.

Este abandono de las condiciones de la salud diaria es una cosa espantosamente costosa. Cuesta al rico muchísimo dinero en la forma de contribuciones de pobres, para el sostenimiento de viudas que han perdido al esposo, é hijos que han perdido al padre, á causa del tífus. Les cuesta también mucho en enfer-

medades; porque la fiebre se extiende á veces desde las habitaciones de los pobres á los hogares de los ricos, y se lleva al padre, á la madre ó á los hijos. Cuesta muchísimo en subscripciones para sostener boticas, enfermerías, casas de convalecencia, y asilos para los desvalidos. Aun más les cuesta á los pobres; les cuesta la salud, que es su único capital. En esto está colocado todo lo suyo: si lo pierden, se suspenden los pagos, y se declaran en bancarrota. ¡Cuán espantoso es el descuido, ya sea de parte de la sociedad ó de los individuos, que roba al hombre pobre su salud, y hace de su existencia una muerte diaria!

¿Por qué, pues, no es adoptada y obligatoria para todos la ciencia de la higiene? Tememos que sea debido á la indiferencia y á la holgazanería. Las autoridades locales, las municipalidades y las comisiones de vigilancia, son á su modo otras tantas señoras Maclarty. Como esa anciana sucia, no pueden lavarse las caras. Alejar los materiales de la enfermedad requiere laboriosidad, atención constante, y lo que es mucho más serio, contribuciones aumentadas. Los detestables intereses sostienen su terreno, y desafían á los ataques que se les dirigen. Las cosas bastaban, dicen ellos, en *los buenos tiempos antiguos*, — ¿por qué no ha de ser ahora lo mismo? Cuando estalla el tífus ó el cólera, no dicen que *nadie* tiene la culpa.

¡Ese terrible *nadie*! ¡de cuánto tiene que responder! Más daño causa ese *nadie* que todo el resto del mundo. *Nadie* adultera nuestros alimentos. *Nadie* nos envenena con malas bebidas. *Nadie* nos provee de agua corrompida. *Nadie* desparrama la fiebre en las oscuras callejuelas y parajes no barridos. *Nadie* deja sin desaguar á las ciudades. *Nadie* llena las cárceles, las penitenciarías y los presidios. *Nadie* hace los cazadores furtivos, los ladrones y los borrachos.

*Nadie* tiene también una teoría, una espantosa teoría. Está condensada en dos palabras — *Laissez faire, Dejad hacer*. Cuando las personas son envenenadas por el yeso de París mezclado con harina, *Dejad hacer*, es el remedio. Cuando se usa *Cocculus indicus* en vez de lúpulo, y los hombres mueren

prematuramente, es fácil decir: *Nadie lo hizo*. Que averigüen aquellos que puedan cuándo son estafados. *Caveat emptor*. Cuando las personas viven en inmundas habitaciones, dejadlas hacer. Que la ruindad ejecute su obra: no intervengáis con la muerte.

*No me va ni me viene*, dijo un hombre rico que oyó que una pobre mujer y su criatura enferma eran expulsados de un pueblo por mendigar. Las autoridades del hospicio no quisieron saber nada de ella, y la despidieron. Pero la infeliz mujer fué y se sentó con su criatura á la puerta del hombre rico; allí murió la criatura; el contagio del tífus fué llevado por el aire al dorado salón y el lujoso dormitorio, y el hijito del hombre rico fué víctima de la enfermedad.

Pero *nadie* tiene ahora muchísimo menos poder que antes en la sociedad: y esperamos que finalmente seguirá en la estela de *Old Bogie* (1), y desaparecerá por completo. Do quiera que haya sufrimiento y abatimiento social, podemos estar seguros de que alguien tiene la culpa. La responsabilidad está en alguna parte, y si dejamos que quede, permanecerá con nosotros. Quizá no podemos hacer frente al mal, como individuos, mano á mano; pero nos corresponde unirnos, y hacer que obre sobre el mal el poder moral unido de la sociedad en forma de ley. Una ley sólo es la expresión de una voluntad unida, y hace por la sociedad aquello que la sociedad no puede hacer por sí misma tan bien ó eficazmente en su acción individual y aislada. Las leyes pueden hacer demasiado; pueden ingerirse en cosas que debieran *dejarse en paz*; pero el abuso de una cosa no es argumento idóneo contra su uso, en los casos en que su empleo es requerido con urgencia.

El mero mejoramiento de las ciudades, sin embargo, por lo que respecta á desagües, servicio de cloacas y alcantarillas, empedrado, provisión de agua, y abolición de habitaciones, sótanos, efectuarán relativamente poco, á menos que podamos conseguir llevar más adelante las mejoras, hacia los hogares

(1) Nombre dado á un supuesto duende con que antiguamente solían asustar las nodrizas á las criaturas: equivale á nuestro *Coco* (*Nota del T.*).

mismos de las personas. Un sistema bien calculado de medidas higiénicas podrá asegurar el aseo exterior, podrá hacer de modo que el suelo sobre el que están construídas las calles y las casas no tenga humedad, y que todo residuo animal y vegetal sea recogido prontamente, de modo que el aire que circule por las calles, y que flota de allí á las casas y llega á los que viven en ellas, no esté cargado con miasmas deletéreos, origen de enfermedades, padecimientos, y finalmente de la muerte. Puede prohibirse que se viva en los sótanos, y ciertos reglamentos para la futura edificación pueden también darse y tener mayor fuerza. Pero aquí cesa la autoridad municipal ó parroquial: no puede ir más allá; no puede penetrar en el hogar, ni tampoco es necesario que lo haga.

Se necesitan, pues, los esfuerzos individuales de las comunidades mismas; y cualquier disposición legislativa que dispense de ellos sería un mal, probablemente. El Gobierno no edifica las casas en que vive el pueblo. Éstas son proporcionadas por los patrones ó los capitalistas, grandes y chicos. Es necesario, pues, alentar estos intereses en la causa de las mejoras higiénicas, para asegurarse del éxito.

Los capitalistas individualmente han heho ya mucho para proveer de viviendas sanas á los operarios, y han sacado partido favorable obrando así, para la mayor salud de ellos, lo mismo que su adelanto moral en todos sentidos. Los capitalistas que están penetrados de un espíritu benévolo y filantrópico pueden de ese modo extender por todas partes el bien. Y si unos cuantos constructores de espíritu emprendedor, en cada ciudad, tomaran esta cuestión á su cargo prácticamente, y procurasen para los operarios una clase de casas cómodas y convenientes, provistas de ventilación, limpieza, y separación de los sexos, tales como lo exigen la salud y la comodidad harían realmente un beneficio grande á la comunidad en general, y al mismo tiempo, lo creemos, se lo harían á sí mismos, que no sería fácil estimar en demasía.

Pero también se necesita la cooperación activa de los que habitan en los hogares de los pobres. Ellos también deben